

sario tener muy en cuenta el estudio hecho por Alvar en torno a un estado de lengua en época tan crucial como es la del *Apolonio*.

Espero que haya todavía muchos estudiosos en el mundo a quienes —como a mí— les llene de satisfacción y de alegría ver publicada tan dignamente hoy una obra que continúa y enriquece la vieja tradición filológica española.

JUAN M. LOPE BLANCH

Universidad Nacional Autónoma de México.

El Colegio de México.

ANTONIO SÁNCHEZ ROMERALO, *El villancico*. Gredos, Madrid, 1969; 632 pp. (*BRH, Estudios y ensayos*, 131).

El libro consta de una sección dedicada a precisar y resolver los problemas teóricos que plantea el género del villancico y, por extensión, la lírica popular española. En la sección que sigue el autor inserta, a modo de ilustración, tres cuerpos antológicos: uno de poesía popular propiamente dicha, y dos de poesía popularizante, composiciones de autores cultos que imitan o desarrollan temas de la poesía popular. Las tres antologías se enriquecen con notas y comentarios que tienden a esclarecer las particularidades gramaticales y la estructura sintáctica de esas composiciones. Se trata, sin duda, de una recopilación cuidadosa que el autor ha estudiado exhaustivamente recurriendo incluso al servicio de computadoras.

La sección teórica está desarrollada sobre la base de una investigación vasta y paciente, y esta virtud pone a disposición del lector un repertorio de conocimientos que les permiten una apreciación más clara de un tema que, no por transitado y debatido deja de estar cubierto de interrogantes. Una revisión de las teorías más relevantes sobre la lírica popular, un estudio de los temas frecuentes en el villancico, un análisis de su estructura y de los elementos estilísticos y una indagación sobre los orígenes, a partir de las jarchas, son las etapas de este trabajo minucioso.

El libro se inscribe en la tradición crítica fundada —y sin cesar alimentada— por Menéndez Pidal. Se trata de una crítica que, aun contando con representantes que muchas veces carecen de la solidez y el talento del maestro, ha ido reproduciendo y desarrollando su visión de la literatura popular en un grado y con una dedicación que nos hace preguntarnos, por ejemplo, por qué la crítica de los países latinoamericanos no ha hecho algo similar en su propia literatura, ya que cuenta con un material de estudio sin duda igualmente rico y en gran parte todavía no descubierto. Desde el siglo pasado a nuestros días, los españoles han buscado su identidad en el rastreo de sus tradiciones literarias, y aunque esta pasión nacionalista los ha llevado muchas veces al aislamiento y la arbitrariedad, no puede negarse que se han acercado a una fuente cuya riqueza está aún muy lejos de agotarse.

El libro de Sánchez Romeralo, pues, se inscribe en esta línea. Pero si recuerda sus virtudes, también reincide en sus más frecuentes limitaciones: cargada de subjetividad, confundiendo la vitalidad y el celo teóricos con la exaltación, manejándose con objetos no bien delimitados, esta crítica ha alcanzado sólo en contadas ocasiones un criterio de análisis y un lenguaje riguroso. En este libro de Sánchez Romeralo encontramos un manejo de supuestos no siempre explícitos, una recurrencia al sentido común para dar cuenta de fenómenos que precisarían de la fundación de un sentido científico, criterios de valoración basados en un impulso de simpatía o afectividad, reiteradas confusiones entre el objeto de su estudio (la poesía popular) y el contexto de ese objeto (los hábitos o preferencias de la gente del pueblo).

Pero hay otra limitación (aunque no exclusiva de Sánchez Romeralo) y es la aproximación a la imagen del "pueblo" hecha de simpatía, ternura y paternalismo a raíz de la cual el pueblo aparece como una fuente de virtudes, pero virtudes que viven fuera de un espacio real, social. Este pueblo no protagoniza la historia, de tal modo que este pueblo, así ponderado, así reconocido como espejo de gracia y de virtudes, es rechazado hacia atrás y convertido en "una cosa del pasado", una permanencia que hunde sus raíces en días primordiales. Mirar hacia el pueblo —aun a su presencia y a sus manifestaciones contemporáneas— es mirar hacia abajo y hacia atrás: lo que hoy vemos de él no es sino la repetición de otros días más plenos y felices.

Sin embargo, un estudio más crítico de la literatura popular podría seguramente revelarnos —en el estricto marco de su lenguaje— una visión de las relaciones humanas, diferente al que estos textos quieren describir. Porque la imagen que ellos proponen es la de un pueblo que vive sin quebras. Así, el crítico esboza una imagen serena en la que el pueblo reúne y armoniza la visión de los hombres distribuidos según oficios, profesionales, clases sociales, para integrarlos en un universo estable, coherente y natural. Y todo ello por obra de la ingenuidad, de la inocencia. Sánchez Romeralo, habla de ese pueblo con ternura, afina la voz y remeda su propio lenguaje como un adulto lo puede hacer ante un niño: "Y junto al conde y el caballero, el barquero, la serrana, el colmenero, la guarda de la viña, el pastor o la mozuela, siempre en la naturaleza junto al valverdico o la sierra erguida, el verde olivico o el racimo albar, los álamos agitándose al viento, o quizás la lluvia menudica en la noche oscura" (p. 288).

Al romanticismo le debemos la revaloración de la literatura popular pero también la secuela de equívocos que esa revaloración trajo aparejados. La imagen que exaltó el romanticismo es la de un pueblo que desde su estado de naturaleza, obraba como un conservador y propagador de valores y tradiciones que eran, en definitiva, los de la aristocracia feudal, una clase que, ella sí, era "una cosa del pasado". Precisamente se trató de restaurarla, y aun naturalizarla, recurriendo al expediente de la memoria del pueblo, que, ingenua y tenaz, era la encargada de recordar y ofrecer sus tradiciones. El pueblo era la memo-

ria pero no la conciencia: ofrecía el relato como un sobre cerrado para que un poeta lo abriera y revelara su verdadero mensaje.

Este libro dedicado al villancico, que nos deja sus aportes, que nos deja un análisis detenido de fórmulas estilísticas, que ofrece datos esclarecedores, considerados ciertos niveles del estudio, no toca los soporres básicos de la creación popular; continúa una tradición que debería revisarse. Seguimos esperando que este tipo de crítica se resuelva a encarar un estudio riguroso y totalizador para dar cuenta de un tema que, tratado de ese modo, podría modificar fundamentalmente nuestra visión del fenómeno literario.

RAÚL DORRA

Universidad de Puebla.

MERCEDES DÍAZ ROIG, *El romancero y la lírica popular moderna*. El Colegio de México, México, 1976; 283 pp. (*Estudios de lingüística y literatura*, 3).

¿Un libro más sobre poesía tradicional? No, sino el primer estudio exhaustivo de los recursos formales y temáticos comunes a dos géneros de poesía popular oral, el romancero y la lírica; un estudio donde el tratamiento monográfico permite adquirir conocimientos analíticos de amplio alcance mientras una perspectiva rigurosamente sincrónica evita entrar de lleno en los muchos problemas que circundan orígenes y desarrollo de la poesía tradicional y lírica hispánicas. La autora conoce muy bien su materia y las cuestiones relacionadas con ella —espinosas algunas, sobre todo cuando se habla conjuntamente de romancero y lírica, de formas métricas, etc.—, y ancla sus observaciones y conclusiones en la corriente historiográfica más aceptada en este campo. Pero los asomos de tales temas generales son rápidos y faltos de cualquier problematización al igual que sabios y elocuentes son los silencios. En efecto, la autora quiere atraer el interés del lector más bien hacia los largos y magníficamente articulados capítulos de análisis de los textos; es aquí donde prefiere concentrar su agudeza, sensibilidad e inteligencia crítica y donde residen el valor y la originalidad de este precioso volumen, que es un diálogo constante con los textos y un inventario perspicazmente organizado y descrito de los rasgos formales más caracterizadores de la poesía tradicional.

Más de la mitad del libro está dedicada al examen de “Los procedimientos comunes” al romancero y la lírica, teniendo como base un corpus de textos muy amplio: todos los romances de la *Primavera* de Wolf y Hofman, 1 500 versiones modernas de 80 romances y más de 10 000 composiciones de la lírica tradicional. El detallado examen gira alrededor de tres recursos cardinales —repetición, antítesis, enumeración— a lo largo de páginas en las que se luce una rara finura en la captación del tejido artístico de los textos y de las motivaciones del juego formal y de los préstamos. Más que intentar un imposible resumen, conviene